

HOMILIA EN LA EUCARISTIA DE FUNERALES DEL CARDENAL RAUL SILVA HENRIQUEZ

Iglesia Catedral Metropolitana, 12 de Abril de 1999.

1. INTRODUCCION

“¡ Resucité y estoy aquí contigo, aleluya!”

Con estas palabras, llenas de esperanza, la liturgia introduce la celebración eucarística de la solemnidad de la Pascua, día de la resurrección de Jesús y día en que el Padre ha “abierto las puertas de la vida por medio de su Hijo, vencedor de la muerte” (Oración Colecta).

“¡Resucité y estoy aquí contigo, aleluya!”

Cristo resucitado ha susurrado estas mismas palabras al corazón del Cardenal don Raúl, invitándolo a compartir su pascua eterna: “Ven, servidor bueno y fiel, ven a compartir el gozo de tu Señor” (Mt. 25,21), para que allí donde estoy yo, estés también conmigo y contemples mi gloria (cf. Jn. 17,24)... Podemos imaginar su respuesta: Heme aquí Señor, cúmplase en mí tu santa voluntad. Lo creemos firmemente: la vida del Cardenal quedó para siempre injertada a la de Cristo resucitado, que mora en el seno del Padre.

“¡Resucité y estoy aquí contigo, aleluya!”

Es el anuncio de Jesús para nuestra asamblea y para todos quienes han amado en esta tierra al Cardenal Raúl Silva Henríquez, Arzobispo Emérito de Santiago y Cardenal de la Santa Iglesia. “No, no tengan miedo... no se acobarden sus corazones, Yo estoy con Uds. todos los días, hasta que se termine el mundo (Mt. 28,20). “Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Ultimo, el Principio y el Fin. Felices los que lavan sus ropas en la sangre del Cordero; disfrutarán del Arbol de la vida y se les abrirán las puertas de la ciudad” (Ap. 22, 13-14).

Hermanos y hermanas en el Señor,

2. EN LA CATEDRAL DE SANTIAGO.

Nos encontramos en la Iglesia Catedral de Santiago, templo – como amaba decir el Cardenal Raúl - donde el pueblo de Dios se congrega para celebrar los grandes acontecimientos de la vida y discernir los caminos por donde el Señor quiere guiarlo. Es la Catedral, sede de su ministerio episcopal, ejercido por más de veinte años, desde 1961 hasta 1983; lugar sagrado donde ha celebrado los divinos misterios, proclamando con valentía la Palabra de Dios y desde cuya Cátedra ha guiado con mano firme y bondadosa a la porción de su Pueblo que el Señor le confiara. Nos sentimos inundados de paz porque hoy lo entregamos en las manos del Padre y Señor de la Vida, tal como se ponía en sus manos el mismo Don Raúl. Queremos levantar los ojos hacia el hermano nuestro en la fe, e impetrar para cada uno de nosotros la fortaleza de su fe, el ardor de su amor y el consuelo de la esperanza.

3. LA MISION DE JESUS Y DE SUS DISCÍPULOS.

Inaugurando su vida pública, en la Sinagoga de Nazaret, Jesús asumió la profecía de Isaías para referirla a sí mismo y a su misión: "El Espíritu del Señor está sobre mí. El me ha ungido para llevar la Buena Noticia a los pobres, para anunciar la libertad a los cautivos, y a los ciegos que pronto verán, para liberar a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor" (Lc. 4, 18-19).

Tras Jesús, también los discípulos y, de manera especial, los apóstoles fueron invitados a aprender la lección del Maestro, que vino para salvar a los que estaban perdidos, para sanar a los enfermos, para consolar a los afligidos, para levantar a los caídos, para ser Samaritano misericordioso, Buen Pastor y Siervo humilde, inclinado en el gesto de lavar los pies de los suyos. Del Divino Maestro los discípulos aprendieron a servir y a no buscar ser servidos, a unir de manera inseparable el amor a Dios y a los hermanos, hasta dar por ellos su propia vida. Hicieron verdad hasta el martirio las palabras que, en nombre de Cristo pronunciarían en la celebración de la Eucaristía: "Esto es mi Cuerpo entregado; esta es mi Sangre derramada por vosotros". Como Jesús, los apóstoles y sus sucesores serían ungidos por el Espíritu Santo, enviados a anunciar la Buena Noticia a los pobres, amando como su Maestro y Señor, hasta el extremo.

Fue el mandato que recibió don Raúl, y que él cumplió serena y apasionadamente, asombrando a nuestra patria y a tanta gente más allá de nuestras fronteras. Conocemos las múltiples obras de bien que emprendió para cumplirlo, para ayudar a los necesitados, los niños y los afligidos en sus necesidades religiosas y espirituales, educacionales y familiares, habitacionales y sanitarias, alimenticias y económicas. Nada que pudiera contribuir a sacar a sus hermanos de la miseria, la ignorancia, la opresión, la injusticia, y la increencia le fue indiferente. Muy pronto brotaba en su ánimo un proyecto, que él maduraba y encomendaba a Dios en la oración, lo proponía a sus colaboradores, y no tardaba mucho en surgir, con la ayuda de los laicos, en quienes tanto confiaba, otra de sus grandes obras. Don Bosco le había enseñado a confiar fielmente en el Dios providente, y a reflejar en las obras la paternidad de Dios. De hecho, vivía en la atmósfera del Buen Dios, Padre preocupado de todas las exigencias de la vida cotidiana de sus hijos. Como amigo de Dios, vibrando con los deseos de su corazón, realizaba sus obras. Con pasión humana y evangélica defendía los derechos de sus hijos más débiles y perseguidos. Con esperanza les hablaba de los proyectos de Dios.

El rostro de don Raúl reflejaba con transparencia el compromiso humano y los sentimientos que lo embargaban en estas tareas. A ratos severo y exigente, otras veces triste y preocupado, frecuentemente con la ternura de quien se conmueve por el dolor ajeno hasta las lágrimas, o sonriendo querendón, con un dejo de picardía en la mirada.

Su personalidad tan humana, tan valiente y tan religiosa, sus palabras cargadas de verdad, orientadoras e inequívocas en tiempos difíciles y a veces dramáticos, sus iniciativas visionarias, como también la profunda huella que deja en nuestro pueblo, encierran un misterio al cual quisiéramos acercarnos. Ellas nos comprometen a reflexionar sobre la raíz de su vitalidad, la fuente de su compromiso apasionado. Tenemos que hacerlo, porque no quisiéramos perder su herencia espiritual; queremos que fructifique entre nosotros.

Pidámosle a él que nos hable del secreto de su fuerza espiritual y del ardor que lo consumía. Escuchemos las dos páginas inestimables de su testamento espiritual, que acabamos de conocer, y acojamos su mensaje. Dice así:

4. SU TESTAMENTO ESPIRITUAL

“Mi palabra es **una palabra de amor**. He buscado a lo largo de mi vida **amar entrañablemente a mi Señor**. A Él conocí desde niño. De Él me entusiasmé siendo joven. A Él he buscado servir como Sacerdote y Obispo. Si tengo una invitación y un ruego que hacer con vehemencia es precisamente éste. Que amen al Señor, que conozcan su Palabra. Que lo escuchen en la oración. Que lo celebren en los sacramentos. Que lo sirvan en los pobres. Y que pongan en práctica su Evangelio en la vida de todos los días.

“Mi palabra es **una palabra de amor a la Santa Iglesia**. Fue la Iglesia doméstica en mi familia la que me enseñó a orar y a servir. Fue la Iglesia la que me educó en el amor y me regaló la fe. Fue la Iglesia la que me llamó, por el ejemplo de Don Bosco, a servir a los jóvenes y a los pobres. Fue la Iglesia la que me dio grandes responsabilidades a pesar de mis limitaciones. Fervientemente eso les pido: amen a la Iglesia. Manténganse unidos al Papa y a sus Obispos. Participen activamente en la comunidad eclesial. Tengan misericordia con sus defectos. Y sobre todo sepan apreciar su santidad y sus virtudes. Procuren en todo momento que ella proclame con alegría y entusiasmo la Buena Noticia que su Maestro le encargó anunciar a todos.

“Mi palabra es **una palabra de amor a Chile**. He amado intensamente a mi país. Es un país hermoso en su geografía y en su historia. Hermoso por sus montañas y sus mares, pero mucho más hermoso por su gente. El pueblo chileno es un pueblo muy noble, muy generoso y muy leal. Se merece lo mejor. A quienes tienen vocación o responsabilidad de servicio público les pido que sirvan a Chile, en sus hombres y mujeres, con especial dedicación. Cada ciudadano debe dar lo mejor de sí para que Chile no pierda nunca su vocación de justicia y libertad.

“Mi palabra es **una palabra de amor a los pobres**. Desde niño los he amado y admirado. Me ha conmovido enormemente el dolor y la miseria en que viven tantos hermanos míos de esta tierra. La miseria no es humana ni es cristiana. Suplico humildemente que se hagan todos los esfuerzos posibles, e imposibles, para erradicar la extrema pobreza en Chile. Podemos hacerlo si en todos los habitantes de este país se promueve una corriente de solidaridad y de generosidad. Los pobres me han distinguido con su cariño. Sólo Dios sabe cuánto les agradezco sus muestras de afecto y su adhesión a la Iglesia.

“Mi palabra es **una palabra de amor especial a los campesinos** que trabajan con el sudor de su frente y con quienes compartí desde mi infancia. En ellos hay tantos valores que no siempre la sociedad sabe apreciar. Quiero pedir que se los ayude y se los escuche. A ellos les pido que amen y que cuiden la tierra como un hermoso don de nuestro Dios.

“Mi palabra es **una palabra de amor a los jóvenes**. En los primeros y en los últimos años de mi ministerio sacerdotal a ellos/les he dedicado de un modo especial mi consejo y mi amistad. Los jóvenes son buenos y generosos. Pero necesitan del afecto de sus padres y del apoyo de sus profesores para crecer por el camino de la virtud y del bien. La Iglesia y Chile tienen

mucho que esperar de una juventud que está llamada a amar con transparencia y cuya voz no puede ser desoída.

“Mi palabra es una **palabra de amor a mis hermanos obispos y sacerdotes** que con tanto celo sirven a su pueblo. Doy las gracias a quienes colaboraron conmigo en tantas tareas hermosas que emprendimos, primero en la amada Iglesia de Valparaíso, y después en esta muy amada Iglesia de Santiago. A los laicos que tan lealmente me dieron su amistad y su cooperación les deseo que su trabajo sea comprendido y valorado. Que no se cansen en su servicio. Y que cuiden de un modo especial a sus familias.

“Mi palabra es **una palabra de amor a todos**. A los que me quisieron y a los que no me comprendieron. No tengo rencor. Sólo tengo palabras para pedir perdón y para perdonar. Sólo tengo palabras para agradecer tanta bondad que he recibido.

“A la Virgen Santa me encomiendo, ya que ella es el auxilio de los cristianos.

“A todos les doy mi bendición en el nombre del Señor.”

Aquí concluye su testamento espiritual.

5. NOS APREMIA LA CARIDAD DE CRISTO.

Como él lo ha manifestado, amar fue el programa de vida de don Raúl: “Caritas Christi urget nos”. “Nos apremia la caridad de Cristo” (2Cor 5, 14). Aquí está el núcleo motivador de la vida sacerdotal y episcopal y de toda su multifacética acción. Aquí está la raíz de su interioridad apostólica, la fuerza propulsora de su dinamismo pastoral, el arrojo profético en la defensa del rostro de Cristo, desfigurado en los rostros de los pobres y de los perseguidos, la energía para emprender cosas grandes a favor de su pueblo. Al margen de esta óptica creyente, la valoración de su vida y obra quedaría tremendamente empobrecida. Don Raúl, como el apóstol Pablo, fue seducido y conquistado por el amor de Jesús, manifestación visible del amor del Padre. Arraigado y fundado en ese amor, realizó el proyecto de su larga vida. Todo el resto, la brillante carrera humana que lo esperaba como abogado, las riquezas materiales, el renombre social, lo tuvo por nada e insignificante. Lo único que verdaderamente le interesó, lo que más profundamente lo motivó, fue el insondable amor de Cristo y conformar la existencia a ese amor y a esa entrega. Su experiencia de religioso salesiano, de sacerdote, de Obispo y Cardenal, su extraordinaria vitalidad, sus iniciativas, sus luchas y trabajos, no tendrían una explicación sin este amor al Señor.

6. SALESIANO, EDUCADOR-PASTOR

Ahora que la vida del Cardenal Raúl “está, con Cristo, escondida en Dios” (Col. 3,2), los invito a recordar con gratitud los lazos que lo unieron a una de las grandes personalidades carismáticas de nuestro tiempo, con quien tuvo una profunda sintonía.

La Providencia divina quiso que la vida y la fecundidad pastoral del Cardenal Silva creciera y madurara en contacto con la figura carismática de San Juan Bosco, Fundador de la Familia Salesiana. De él aprendió a recorrer el camino que conduce al Amor, optando por los jóvenes pobres y las clases populares; uniendo vitalmente promoción humana y evangelización, cultura y fe, asumiendo la misión de servir a los jóvenes en el itinerario de convertirse en honestos ciudadanos y buenos cristianos. Decía Don Raúl en la Catedral de Punta Arenas, un 2 de febrero de 1981: "Don Bosco me ha conquistado. Un hombre moderno, un hombre amante de Dios, amante de su patria, amante de los pobres. Un hombre que no trepidaba ante ninguna dificultad; un hombre lleno de fe, con una caridad infinita. Un hombre de Dios, al parecer, sin que nadie se diera cuenta!"

En su comunidad religiosa aprendió, con San Juan Bosco, que "hay que amar, pero, no basta con amar. Es necesario que los jóvenes y las personas se den cuenta, perciban que son amadas". Y don Raúl amó, amó siempre y apasionadamente, con el mismo amor del Señor, desplegando todas las cualidades de su mente y de su corazón. "Don Bosco me enseñó varias cosas. En primer lugar a creer y confiar siempre en Dios; en segundo lugar me enseñó el amor a los pobres y a los niños. También me enseñó a amar a la Patria donde hemos nacido, sin pasiones y sin violencia".

De su propia familia y de su Santo Fundador aprendió a comprometerse con profundo sentido de responsabilidad con la historia y la cultura del país que tanto amaba.

7. DESPEDIDA

Querido don Raúl, ha llegado el momento de decirnos A-Dios, es decir, de despedirnos hasta que tengamos la alegría de encontrarnos con Dios y entre nosotros en la Patria eterna. Con honda gratitud se han acercado hasta ti, con lágrimas en los ojos, los rostros de los hijos de tu pueblo y de tu Iglesia que te fueron siempre tan queridos. Han venido a rendirte un último homenaje pobladores, profesionales, campesinos, profesores, representantes de otras confesiones religiosas, parlamentarios, dirigentes políticos, miembros de las fuerzas armadas y de orden, catequistas, religiosas, diáconos, sacerdotes, jóvenes, niños, ancianos y matrimonios. Tu querida patria te acompañó con su oración cuando el Padre de los cielos te llamaba a gozar de su paz y de su felicidad. Y se ha interrogado sobre el significado de tu partida en el umbral del tercer milenio. Quisiéramos hacer nuestros tus sueños y tus esperanzas, y sentir la urgencia del amor de Cristo para realizarlos.

No olvidaremos tus trabajos durante el Concilio Vaticano II, para que la Iglesia se renovara y fuera realmente sacramento de comunión: signo e instrumento de la comunión de los hombres con Dios, y de los hombres entre sí. Y en nuestros proyectos pastorales permanecerá vivo tu sueño de mostrar a María Santísima como la madre y el modelo de la Iglesia, como aquella que nos precedió en el camino de la fe, la esperanza y la caridad. Con admiración y respeto agradeceremos el don inestimable del amor de nuestro pueblo a la Sma. Virgen, y encontraremos en él la inspiración que necesitamos para que la Iglesia sea contemplativa, fiel, acogedora, misericordiosa y misionera; para que sea siempre signo de esperanza, Casa de Dios y de su Pueblo.

Y asumimos, como un gran aporte tuyo a la unidad de Chile, tu visión, cuajada de esperanza, de la patria como un espacio favorable a la dignidad de los hijos de Dios. Contigo compartimos tu sueño de Chile. Escuchando tus palabras, queremos ofrecerle a Dios nuestra colaboración para que sean realidad.

8. MI SUEÑO DE CHILE.

“Me preguntan por el país que sueño o que deseo. Y debo decir que mi deseo es que en Chile el hombre y la mujer sean respetados. El ser humano es lo más hermoso que Dios ha hecho. El ser humano es “imagen y semejanza” de Dios. Quiero que en mi patria desde que el ser humano es concebido en el vientre de una mujer, hasta que llega a la ancianidad, sea respetado y valorado. De cualquier condición social, de cualquier pensamiento político, de cualquier credo religioso, todos merecen nuestro respeto.

Quiero que en mi país todos vivan con dignidad. La lucha contra la miseria es una tarea de la cual nadie puede sentirse excluido. Quiero que en Chile no haya más miseria para los pobres. Que cada niño tenga una escuela donde estudiar. Que los enfermos puedan acceder fácilmente a la salud. Que cada jefe de hogar tenga un trabajo estable y que le permita alimentar a su familia. Y que cada familia pueda habitar en una casa digna donde pueda reunirse a comer, a jugar, y a amarse entrañablemente.

Quiero un país donde reine la solidaridad. Muchas veces antes las distintas catástrofes que el país ha debido enfrentar, se ha demostrado la generosidad y la nobleza de nuestro pueblo. No es necesario que los terremotos solamente vengan a unir a los chilenos. Creo que quienes poseen más riquezas deben apoyar y ayudar a quienes menos poseen. Creo que los más fuertes no pueden desentenderse de los más débiles. Y que los sabios deben responsabilizarse de los que permanecen en la ignorancia. La solidaridad es un imperativo urgente para nosotros. Chile debe desterrar los egoísmos y ambiciones para convertirse en una patria solidaria.

Quiero un país donde se pueda vivir el amor. ¡Esto es fundamental! Nada sacamos con ~~mejora~~ los índices económicos o con levantar grandes industrias y edificios, si no crecemos en nuestra capacidad de amar. Los jóvenes no nos perdonarían esa falta. Pido y ruego que se escuche a los jóvenes y se les responda como ellos merecen. La juventud es nuestra fuerza más hermosa. Ellos tienen el derecho de ser amados. Y tienen la responsabilidad de aprender a amar de modo limpio y abierto. Pido y ruego que la sociedad entera ponga su atención en los jóvenes, pero de un modo especial eso se lo pido y ruego a las familias: ¡No abandonen a los jóvenes! ¡Escúchenlos, miren sus virtudes antes que sus defectos, muéstrenles con sus testimonios un estilo de vivir entusiasmante!

Y por último, quiero para mi patria lo más sagrado que yo puedo decir: que vuelva su mirada al Señor. Un país fraterno sólo es posible cuando se reconoce la paternidad bondadosa de nuestro Dios. He dedicado mi vida a esta tarea: que los hombres y mujeres de mi tierra conozcan al Dios vivo y verdadero, que se dejen amar por El y que lo amen con todo el corazón. Quiero que mi patria escuche la Buena Noticia del Evangelio de Jesucristo, que tanto consuelo trae para todos.

Este es mi sueño para Chile y creo que con la ayuda de María, ese sueño es posible convertirlo en realidad” (Santiago, 11 de noviembre de 1991).

Querido don Raúl, su sueño de Chile es nuestro sueño. Su compromiso con la verdad, la justicia, la reconciliación, la paz y, sobre todo, el Evangelio, es nuestro compromiso. Con gratitud le pedimos: ruégueme a Dios, nuestro Padre, para que en nuestra vida, en la vida de cada uno de sus hijos, arda con fuerza ese amor a Cristo que nos impulse a hacer realidad estos sueños, enseñándonos a amar y servir a Dios por sobre todas las cosas, y a descubrir y respetar la dignidad de sus hijos, para amarlos y servirlos con la fuerza del Espíritu Santo. Amén.